



ROQUE GUINART, CABECILLA CARLISTA

EN un artículo que Maragall el grande, mi amigo nunca bastante llorado, publicó el 18 de Febrero de 1899 en el *Diario de Barcelona* y figura en el tomo segundo de *Artículos de la serio castellana de sus Obras completas*, artículo que se titula «Nyerros y cadells» encuentro la noticia de quién era Roque Guinart, el bandolero que agasajó á Don Quijote. No he tenido, pues, que acudir al libro de D. Luis M.^a Soler y Terol, á que nos remite el Sr. Rodríguez Marín en una nota de la edición del *Quijote* por él diligente y eruditamente anotada, aunque seguramente en este libro habría encontrado más amplias y minuciosas noticias. Pero me basta á mi propósito las que me da Maragall.

Maragall, en efecto, comentando el estudio que sobre los bandos de *nyerros* y *cadells*—que en Cataluña figuraron desde el siglo XIII á fines del XVII—hizo D. Celestino Baralat y Falguera, y se publicó en el tomo V de las «Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», nos dice que los *nyerros* y *cadells* eran verdaderos partidos políticos, por más que generalmente se les llame bandos y así sucede casi siempre.

«En los tiempos de las guerras religiosas en Languedoc, cuando el conde de Foix era campeón de los albigenses contra la Iglesia Romana, las familias de Nyer y de Cadell, poderosas en el Condado de la primera, y en la Cerdaña la segunda, tomaron posiciones contrarias en la lucha. Entonces Cadell representó la alianza contra el conde de Foix, con la casa bearnesa de los Montcadas; Nyer, la alianza ó la transacción con los romanistas de Montpellier. Y cuando en 1296 empieza el combate entre los Moncadas de Torelló y el Obispo de Vich, el partido del Obispo aparece capitaneado por Gilabert de Nyer, y el partido de los Moncadas por Bernardo Cadell».

Sigue Maragall contándonos, siguiendo siempre á Barallat, la historia de ambos bandos y llama á los *nyerros* clericales. «La lucha en sustancia—dice—era en pro ó en contra del poder político del clero, y continuó durante los siglos XV al XVII. En tiempo del famoso cabecilla Juan Sala Serrallonga—á quien el mismo Maragall dedicó un estupendo poema, una de las cosas

más hermosas que en España se han escrito—los *nyerros* de Serrallonga ya no defienden las prerrogativas clericales, sino la existencia misma del derecho señorial y del derecho clerical contra la uniformidad absorbente de los Reyes de Castilla». Serrallonga aparece como un enemigo del partido jurista y realista del siglo XVII, como un regionalista ó catalanista clerical, como un carlista, en fin. «El partido castellano—dice Maragall—le empañó como á un criminal cualquiera, logró echarle mano y le encarceló. Y á este famoso cabecilla cantó luego, como á un criminal de genio, Maragall mismo en *La fi d'en Serrallonga*.

El estudio del Sr. Barallat acababa con la desaparición de Serrallonga, pero Maragall creía que no habían acabado los *nyerros* y los *cadells*; sospechaba que existían todavía en 1899. Claro está, y subsisten todavía. Los jóvenes turcos de los requetés son los *nyerros* de hoy, y los jóvenes bárbaros—que así se llaman ellos á sí mismos—del radicalismo son los *cadells*. Maragall los encontraba en la guerra de sucesión y en los carlistas y liberales del pasado siglo y de éste. «Primero fueron católicos contra herejes—decía—; después clericales contra nobles; luego feudales contra absolutistas». Y acababa diciendo: «Y nosotros, los catalanes, en el fondo, siempre seremos *nyerros* ó *cadells*». Ellos, los catalanes, y nosotros, todos los demás españoles. Y más vale que sea así.

Pues bien, en el partido de los *nyerros* figuró Roque Guinart. «Perot Roca Guinart, natural de Oriestá, cerca de Prats de Molló, es el caudillo del partido monacal desde 1607 á 1613». Pero Roca Guinart acudió en defensa de los monjes de Ripoll contra los ripollenses que pretendían que el monasterio les ayudase á restaurar la iglesia parroquial, la civil podríamos decir, en vez de dar la mitad de sus limosnas á las monjas de Santa Clara. Y luego, en 1613, por mediación de un monje, Roca Guinart pasó al Real servicio de Flandes. Lo que Maragall comenta diciendo: «El partido castellanista no perdonaba medio para ahogar la vida política de Cataluña».

Como se ve, pues, Roque Guinart, ó más bien Roca Guinart, fué un cabecilla carlista de principios del si-

glo XVII. Lo que nos aclara muchas de las cosas, nobilísimas algunas, que Cervantes puso en su boca, en la de aquel hombre cuya fama no había límites en la tierra que le encerrasen, según le dijo Don Quijote.

De él, del gran Roque, dijo un escudero: «este nuestro capitán más es para fraile que para bandolero». Y si tomamos esta última denominación no en su mal sentido, si no en el más primitivo y más recto, en el de jefe de banda ó de facción, equivaliendo á cabecilla, de más de un cabecilla carlista de las guerras civiles del pasado siglo, cabe decir que fué más para fraile que para cabecilla. Y á la inversa de otros, que fueron más para cabecillas que para frailes ó siquiera sacerdotes. Oficios ambos que anduvieron, no pocas veces, muy mezclados. Pero hay que hacer este juicio con ojo, pues Roque Guinart, al que tal sentencia dejó escapar de sus labios, le abrió la cabeza en dos partes, diciéndole: «Esta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos». Roque Guinart, al despedirse de Don Quijote, escribió una carta á un amigo suyo de Barcelona edándole aviso cómo estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la plaza de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diere noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con el se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los *cadells* sus contrarios...»

¿Qué habrían hecho los cabecillas carlistas de nuestras últimas guerras civiles, si entre ellos hubiese aparecido Don Quijote? No lo sé. Pero los periodistas carlistas de hoy, al aparecer en campaña el Kaiser, que no es precisamente un Don Quijote ni mucho menos, han querido que se solacen con él los *nyerros* y no los *cadells*. Pero no ha podido el Kaiser dejar de dar gusto general á todo el mundo, y todos, unos de un modo y otros de otro, nos divertimos y solazamos con él.